

LINIERS Y NAPOLEON

I

Entre los papeles de mi antepasado D. Joaquín de la Pezuela, virrey del Perú, hallé un legajo ceñido por viejo y desteñido balduque.

En su cabecera se leía, escrito con la letra menuda y rasgueada de Pezuela: "Trata de Santiago Liniers, virrey de Bs. As., asesinado por los insurrectos americanos en Cabeza del Tigre. Año de 1810", y más abajo, con la misma letra de D. Joaquín y de fijo en distinta época: "Río Janeyro, 1820".

Abierto el pequeño legajo, ofreció variado conjunto de documentos. Proclamas de Liniers, poemas dedicados al Reconquistador, cantando las glorias de "Nuestro Caudillo" en versos ingenuos y entusiastas, dos planos de la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores, al parecer de propia mano del virrey Pezuela, con indicaciones de la marcha de las tropas invasoras inglesas en 1806 y de las maniobras de Liniers en 1807, y un largo y detallado relato de los últimos sucesos de Buenos Aires en 1810 y de la prisión y muerte de Liniers y sus compañeros en el mismo año. Pero destacando por su alto interés histórico se ofrecían unas cuartillas cubiertas de la misma letra apretada y menuda del virrey Pezuela, relatando, juzgando y aprobando los planes y actividades militares de Liniers en la reconquista y en la defensa de Buenos Aires.

El vencedor de Vilcapugio, de Ayohuma y Viluma, las tres últimas grandes victorias de las armas españolas en América, militar distinguido, hábil organizador, auténtico estratega dentro de lo reducido de los ejércitos que en aquellas campañas lucharon, aprobaba con entusiasmo la acción militar de Liniers; incluso su maniobra en 1807, cuando pretendió detener a los ingleses formando su línea de defensa detrás del Riachuelo. Según Pe-

zuela, la defensa era acertada; pero fué frustrada por White-locke, que siguió el curso del Riachuelo por la margen derecha para buscar paso, aguas arriba, más allá de las líneas establecidas por Liniers. Esta maniobra no hubiese tenido éxito frente a tropas veteranas, pero las tropas bisoñas de Liniers no pudieron contrarrestarla. A pesar de los meses de intensa preparación con marchas, despliegues y ejercicios de tiro continuados, ni supieron, cumpliendo las órdenes de Liniers, seguir igualmente Riachuelo arriba dando cara a los ingleses, ni resistir el fuego regular y seguro de las veteranas tropas enemigas. Y sencillamente se dispersaron, acogiéndose a la ciudad, donde, en cambio, dieron muestras de extraordinario valor derrotando tan por completo a los ingleses que éstos hubieron de rendirse sin condiciones, entregando, además, la plaza de Montevideo.

Así había de ocurrir poco después en España contra Napoleón. Las tropas bisoñas eran vencidas y dispersadas en los combates regulares por las tropas veteranas de Napoleón, y luego, atrincheradas en las ciudades y pueblos, auxiliadas por el vecindario, llegaban al más alto heroísmo.

La defensa admirable de Buenos Aires es preludio inmediato de las de Zaragoza y Gerona. Mantenido por la misma indomable sangre hispánica.

II

Era, en verdad, de alto valor histórico este interés y simpatía de Pezuela, penúltimo virrey del Perú, hacia Liniers, penúltimo virrey del Plata; expulsado aquél por una rebelión militar, depuesto éste injustamente y sustituido por el débil Hidalgo de Cisneros. Ambos, Pezuela y Liniers, comprendían al pueblo americano. Sus destituciones causaron grave daño a la causa española. La rebelión de Aznapuquio es nuncio de Ayacucho; la destitución de Liniers rompe toda posible armonía entre Buenos Aires y la metrópoli.

Las razones del interés de Pezuela hacia Liniers eran fáciles de comprender.

La reconquista de Buenos Aires tuvo en su tiempo inmensa resonancia, alzando el nombre de Liniers a la altura de los más

grandes capitanes españoles. Realizada, además, con increíble rapidez, y pudiéramos decir con elegancia, la doble y completa derrota de los ingleses, era el más alto hecho de armas victorioso de que pudiese enorgullecerse la América española desde la defensa de Cartagena de Indias por D. Blas de Lezo.

Los ataques de los ingleses, la toma de Buenos Aires, mantuvieron en temeroso sobresalto al Virreinato del Perú.

Pezuela, comandante general de la Artillería y segundo jefe militar del Virreinato, comparte las angustias de Abascal. Organiza por encargo de Abascal una expedición libertadora. Hállase esta expedición prevenida en el Callao, dispuesta a embarcarse hacia Valparaíso para cruzar los Andes y caer sobre Buenos Aires, cuando llega la noticia de la reconquista realizada por Liniers. ¿Cuánto interés no sentiría hacia esta gallarda figura el militar distinguido a quien Abascal justamente había encomendado la acción con tanto arrojo realizada por Liniers? Sin duda, entonces comenzó Pezuela a recoger documentos sobre Liniers e inició el estudio de sus campañas.

Más tarde, su interés había de acrecerse con la nueva angustiosa noticia de la conquista de Montevideo por los ingleses y la segura amenaza sobre Buenos Aires. Ya no pensaba Abascal enviar al Plata un jefe militar. El prestigio de Liniers era cumplido. Pezuela se limita a organizar los auxilios que envía el diligente virrey del Perú y que, en gran parte, no fueron precisos, porque la increíble noticia de la completa derrota de Whitlocke suspendió de nuevo los aprestos, según había ocurrido ya el año anterior, 1806.

Posteriormente, Pezuela, cuando al fugarse de Lima, triunfante la revolución de Aznapuquio, tocó en el Janeiro, debió recoger los últimos datos sobre Liniers. Tal vez el detalladísimo relato de la muerte de Liniers en que acusaba con violencia al décan Funes.

III

La lectura de este legajo despertó mi interés. Me propuse estudiar la vida de Liniers y escribir su biografía y su influencia en los albores de la independencia argentina. Sirviéndome para

ello de base, bastante cumplida, el conjunto de documentos y el informe o memoria reunidos y redactados por Pezucla.

Pero cuanto más se profundiza en la época y en la vida de Liniers, más se aprecia la dificultad de enjuiciar debidamente al Reconquistador.

La enemistad de Elío y Alzaga hacia Liniers parece perpetuarse a través de los historiadores españoles, que se limitan a repetir las acusaciones por ellos lanzadas, tal vez sin ahondar en la verdad histórica, ni apreciar las especiales y difíciles circunstancias de aquellos años azarosos, cuando Napoleón pasa súbitamente de aliado poderoso y venerado a tiránico invasor de España, verdadero criminal de guerra, como ahora se diría, e Inglaterra, enemiga tenaz y secular, se transforma en aliada salvadora.

Los americanos, a su vez, parecen guardar los rencores y el remordimiento de la Junta que ordenó el fusilamiento de Liniers, y reconociendo la grandeza de los dos hechos culminantes, la reconquista y la defensa, le restan méritos y buscan cicateramente los defectos —indudables— de aquella gran figura, como si con ello disminuyese el dolor y culpa de la sangrienta ejecución.

El mismo Groussac, en la biografía de su compatriota Liniers, reivindica con cierta timidez su memoria y no se atreve a limpiarla por completo de la sospecha de relaciones con Napoleón, partiendo de una pretendida entrega y acatamiento absoluto hacia el gran corso. Según parece colegirse de la carta dirigida por Liniers a Napoleón al darle cuenta de la reconquista de Buenos Aires, en la que decía:

“No me aplaudo tanto de los servicios que en esta ocasión he podido hacer de mi soberano como me ensoberbecce de pertenecer a la nación que Vos gobernáis con una sabiduría y sucesos que solamente pueden igualar a vuestra gloria inmortal.” (Texto publicado en apéndice en la *Historia de Belgrano*, por Bartolomé Mitre. Constantemente citado por los historiadores posteriores como base principal de acusación contra Liniers al juzgar sus relaciones con Napoleón.)

En verdad, dicho texto impresiona. Del estudio del Reconquistador puede colegirse que, sin duda con ligerezas y defectos, Liniers era un recto militar y, sobre todo, un caballero. Todo

un caballero, con la despreocupación y desenvoltura de un caballero del siglo XVIII, produciéndose abiertamente sin estimar pudiesen sus actos ser mal interpretados, creyendo dotados a los demás de las mismas altas virtudes de caballerosidad que en él sobreabundaban.

Era lógico que Liniers, francés de origen, conservase afecto a Francia, cuya grandeza en aquellos años, bajo la fuerte mano del Corso, deslumbraba al mundo. Era natural que Liniers, bizarro militar, admirase la gloria militar de Bonaparte y que, apartado de Francia muchos años antes de su revolución, conocedor de la anarquía con que ésta la había destrozado, agradeciese a Napoleón el prodigioso y casi increíble cambio que de la máxima y sangrienta caótica barbarie alzó Francia al más ordenado esplendor y poderío. Este sentimiento será el de muchos franceses, mismo de la más rancia nobleza, como Liniers, y el virrey lo expresará lealmente en uno de sus manifiestos del año 8. Al proclamar el odio sincero que entonces sentía contra Napoleón por su traición a España, no oculta haber sentido antes admiración hacia el hombre que salvó a Francia de la anarquía.

Por otra parte, aunque Liniers hubiese sido español, habría, antes de la traición de Bonaparte, sentido, como la mayoría de los españoles, admiración profunda hacia el gran aliado.

Alzaga mismo, el dominante y patriota alcalde de Buenos Aires, cuando el Gobierno portugués refugiado en 1808 en el Brasil se dirige al Cabildo de la ciudad del Plata insinuando que Napoleón va pronto a traicionar a España y pretender apoderarse de ella, protesta indignado ante las ofensas inferidas con estas sospechas al grande y leal aliado del Rey Nuestro Señor. Si bien Alzaga luego, olvidando sus entusiastas y devotos sentimientos hacia Bonaparte, acusará pronto a Liniers por haberlos, a su vez, expresado.

Pero comprendiendo estos legítimos sentimientos de Liniers hacia Napoleón, la forma tan laudatoria de la frase de su carta a Bonaparte, despreciando su condición de oficial español, ensoberbeciéndose sólo de ser francés, dando al olvido sus largos años de servicio en la Armada del Rey de España, parece justificar las acusaciones de Alzaga y Elío y, por lo tanto, la interpretación que, apoyándose en ellas, dan a los actos de Liniers

con respecto a Napoleón no pocos historiadores españoles y americanos.

El Alzamiento Nacional cortó mis estudios históricos. Cuando pude volver a mi casa de Buenavista, en Murcia, la encontré saqueada y totalmente destruidos los documentos de los archivos familiares con los que estaba realizando diversos estudios, entre ellos uno sobre el virrey Pezuela y otro sobre el tradicionalismo isabélino.

La necesidad más urgente de atender a mi hacienda y también el desaliento de ver destruidos tales estudios históricos, avallados por documentos inéditos de alto valor, me alejó por entonces de todo afán de investigación, y en especial de reanudar los trabajos sobre Liniers y la independencia argentina, ya que, además, se hallaba destruido lo que iba a ser fundamento de su biografía: el legajo relativo a Liniers, recogido y anotado por Pezuela.

Pero, una vez conocida, la figura de Liniers sugestionaba. Despierta el interés de resolver el enigma contradictorio entre su noble caballerosidad y su actitud servil frente a Napoleón, tal como la destaca Mitre en su vida de Belgrano.

Ello precisa un estudio a fondo de la época y de los personajes consultando no sólo la bibliografía sobre tan dramático período, sino principalmente los documentos originales, sin considerar estén ya reproducidos en otras obras.

Al cotejar los informes de América en el Archivo Histórico Nacional, por las vacilantes y contradictorias medidas de la Junta Central, se siente el desatado vendaval de pasiones que, agitando España contra todo lo francés, en los días terribles y gloriosos de la Guerra de la Independencia, salta el Atlántico y llega al Plata. Alza en los corazones españoles de ultramar idéntica y justa ira contra Francia y, a su vez, esta desatada cólera contra todo lo francés torna de nuevo a España, encarnando en las angustiosas acusaciones del intransigente Elío.

Después de la increíble y estúpida traición de Bonaparte, que una hábil y romántica propaganda histórica a favor del corso nos hace hoy olvidar, Elío, como tantos españoles, envuelve en el mismo frenético odio, desprecio y sospecha a todos los franceses. A todos los cree capaces de traición, y tiembla y se horroriza ante la traición que en su exaltado frenesí estima ha de rea-

lizar fatalmente Liniers, que por ser francés de fijo entregará el Virreinato a Bonaparte. Y exaltado por su idea obsesiva arrastra a Alzaga, el cabildante orgulloso y patriota, pero monopolista, que ve en Liniers no sólo un francés, sino un casi criollo, identificado con la tierra del Plata y enemigo del monopolio. Entre ambos commueven y angustian a los miembros de la Junta del Reino, que conocen la lealtad de Liniers, pero, si no atienden las incesantes denuncias de Elío, temen la opinión desatada de los españoles, o más bien de los turbulentos habitantes reunidos en Cádiz.

Elío aprecia al cabo que la Junta del Reino no se decide a aceptar sus acusaciones, y al pedirle nuevas pruebas termina proclamando frenético, creyendo a su entender formular una acusación irrefutable: "Es traidor porque es un francés."

Afirmación absurda, cuando no sólo Liniers, sino otros franceses demostraron lealtad a España y por ella las Cortes de Cádiz les concedieron la nacionalidad española (1). Pero esta afirmación, a pesar de su injusticia, no puede merecer desprecio, ni aun crítica.

Elío en América, recio navarro de una pieza, es intérprete del sentir español. Ese sentir impetuoso y formidable que alzó al pueblo español contra el coloso de Europa, despreciando la desproporción de fuerzas y lo casi imposible de la empresa. Sentimiento de odio total ante la traición indigna y el injusto atropello. Odio sin distingos ni excepciones. Si el pueblo español hubiese apreciado distingos y excepciones, no se hubiese erguido

(1) Fueron naturalizados españoles durante la Guerra de la Independencia los siguientes franceses:

Conde de Penne Villemur, de casa noble de Montegur, comandante de la Caballería del 5.º Ejército. (Decreto de 4-VIII-811.)

Juan Gay, francés de nación, vecino y fabricante de licores del Puerto de Santa María. (Decreto de 4-IV-814.)

Pedro Hourcade, natural de Castelnau. (Decreto de 5-XI-813.)

Juan Mateo Lacoste y Laborde, natural de Vieille Segure, vecino y del comercio de Cádiz. (Decreto de 17-XI-813.)

Pedro Nougueron, natural de Gens, vecino de Murcia. (Decreto de 28-XI-813.)

Julián Pemartín, natural de Francia, minero y vecino de Zacatecas (Méjico) y vecino de Cádiz. (Decreto de 17-XI-813.)

con increíble decisión, dando a la acobardada Europa el más alto ejemplo de virilidad patriótica.

Y Liniers, caballero sin tacha, militar leal a su Rey se ve envuelto por la ola frenética de odio hacia todo lo francés, y ha de sucumbir de modo fatal, como en una tragedia antigua.

Si bien, para honor de su nombre, en vez de la muerte vergonzosa —arrastrado por las turbas de Cádiz, como le prepara Elío, con la indignada protesta de Abascal— alcanza la gloriosa muerte por España, manteniendo, a pesar de las ingraticudes y vejaciones de su Patria adoptiva, la lealtad jurada a su Rey.

En los documentos del Archivo Histórico Nacional se aprecia la energía, constancia y virulencia de la campaña de Elío y Alzaga contra Liniers, y las vacilaciones de la Junta del Reino, impresionada por los alegatos de aquellos indiscutibles patriotas, y también por las contradictorias noticias que recogen y transmiten los ingleses, firmes en su enemiga hacia Liniers, guardando el recuerdo rencoroso de su pasado vencimiento. Así, en la prensa de Londres, aparecen graves acusaciones, deformando los hechos de la sublevación del Cabildo de Buenos Aires contra Liniers en 1.º de enero de 1809. Y de estos mismos documentos se deriva, sin embargo, cuán manifiesta debía ser la lealtad de Liniers. Los miembros de la Junta, bajo la presión del ambiente popular de odio contra todo lo francés que agita España y tal vez con la máxima exaltación Cádiz, sometidos al incesante asedio de las acusaciones lanzadas por Elío y por el Cabildo de Buenos Aires (cuyos representantes en Cádiz ni muerto Liniers cesaron en su odio persecutorio y calumniador), vacilan siempre en proceder contra Liniers; nunca dan acogimiento pleno a las denuncias, ni tomándolas en cuenta abren proceso a Liniers.

Pero este aspecto de la vida de Liniers y de los sucesos de Buenos Aires al comenzar el siglo, siendo interesantes, no ofrecen visión completa de su vida y de su tiempo.

Para obtenerla, precisa bucear en el Sancta Sanctorum de la Hispanidad, centro de toda completa investigación histórica sobre la América española: en el Archivo de Indias. Inmenso depósito de documentos que encierra toda la historia de la América española, desde los más lejanos tiempos del descubrimiento hasta los últimos días de la unión con España.

En el silencio de la amplia y clara galería de estudios, apenas roto por el volver de la hoja de algún escrito, el rasgurar ligero de la pluma en la cuartilla o el paso recatado del empleado que entrega o recoge un legajo, olvidando las horas, pude sumergirme en el increíble arsenal de valiosos documentos. Allí aparecían en sus menores detalles los años inquietos y trascendentes en que por las invasiones inglesas, aun siendo rechazadas, se inicia el hundimiento de nuestro imperio, y por la muerte de Liniers, obstáculo que la Junta gubernativa de Buenos Aires estima necesario sacrificar, se abre el ciclo de la independencia argentina.

No será ya como en el Archivo Histórico Nacional la expresión del impulso violento y rencoroso del pueblo español contra Napoleón, que saltando el Atlántico, encarna en Elío y combate sañudamente a Liniers hasta derribarle.

En el Archivo de Indias aparece intensa y detallada la vida toda del Virreinato del Plata. El Cabildo dominador, con sus cabildantes orgullosos. Destacando Alzaga y Villanueva, los ricos comerciantes guardadores celosos del monopolio. Siempre en lucha con los virreyes del recién creado Virreinato del Plata y con los mismos obispos. Afirmados en la prepotencia que sus grandes riquezas personales y los cuantiosos ingresos del Cabildo les presta; hasta ser árbitros del Virreinato, cuando exhausta la Aduana llega el Cabildo a suplir y administrar en gran parte los gastos del Virreinato, manteniendo incluso con sus ingresos y donativos las tropas que la amenaza inglesa obliga a levantar. La figura inquieta del Conde Luis Enrique de Liniers, hermano mayor del futuro virrey, apenas señalado en la historia y juicios sobre el desgraciado virrey, y, sin embargo, influyendo no poco en el destino de su vida. El Conde de Liniers, noble emigrado desde los comienzos de la revolución francesa en el año 89, con afanes comerciales y sin habilidad comercial, por lo que fracasará en sus varias empresas, enamorado de la tierra americana, partidario entusiasta del libre comercio, en lucha permanente con los monopolistas, identificado como su hermano con los intereses de la tierra del Plata y admirador entusiasta de sus inmensas posibilidades.

La enemistad instintiva entre Montevideo y Buenos Aires, orgulloso aquél de su puerto favorable y de lo netamente espa-

ñol de su población, envidioso y quejoso de la preponderancia de Buenos Aires. Enemistad que la reconquista de Buenos Aires con el auxilio de fuerzas montevideanas y la liberación de Montevideo por el esfuerzo de los defensores de Buenos Aires, victoriosos de Whitelocke, debiera borrar ante el éxito de la común empresa fraternal; pero que, al contrario, encizaña y agrava en el rencor tan español de aquilatar más o menos justamente los méritos respectivos.

Montevideo hallará en Elío su caudillo, como Buenos Aires en Liniers. Elío acoge y reivindica las pretensiones de Montevideo de alzarse como región autónoma en el Virreinato del Plata, a modo de la Capitanía General de Chile en el Virreinato del Perú. Montevideo, que acepta al comienzo receloso el mando de Elío por la violencia y sequedad de su carácter, terminará exaltando y alabando toda su actuación. Y apoyará decidido y respaldará su gesto de rebeldía contra Liniers a medida que Elío va recogiendo y apoyando las pretensiones de autonomía de Montevideo.

En realidad, cuando Elío realiza su acto de rebeldía y lanza su acusación, no es sólo por impulso de odio y recelo contra lo francés que la traición de Bonaparte determina, hay un anterior impulso de enemistad personal contra Liniers: enemistad del caudillo de Montevideo contra el caudillo de Buenos Aires, más hondamente, enemistad de Montevideo contra Buenos Aires, que Elío sirve instintiva e inconscientemente. Por eso luego su acto de rebeldía, ahondando esta enemistad y separación, inicia la escisión definitiva y fatal del Virreinato del Plata.

A su vez, Alzaga, verdadero cacique de Buenos Aires al modo que este nombre se entendía en la vieja política española, dominador del Cabildo, que es decir de la ciudad, ve sorprendido alzarse con insospechado prestigio al modesto jefe que juzgaba fácil de manejar por su misma modestia y falta de ambición. Y sentirá recelo, amargura y enojo, que pronto habrán de cambiarse en hondísima enemistad cuando el pueblo de Buenos Aires, que Alzaga creía manejar a su antojo, habiéndole impuesto la expulsión de Sobremonte y prohibido la entrada de Avilés en el Virreinato, acoge con entusiasmo la exaltación de Liniers, dando incluso al olvido los grandes servicios prestados por Alzaga en la reconquista. Y Alzaga fracasa lamentablemente en la suble-

vación del 1.º de enero de 1809, porque, llevado de su orgullo, no ha sabido apreciar que el pueblo de Buenos Aires no está ya con su Cabildo ni con su alcalde, antes poderoso e influyente, pero español y monopolista, sino al lado de su virrey, mejor dicho de su caudillo amado, verdadero criollo.

Así, en realidad, el pueblo de Buenos Aires aparece como actor principal del drama. El pueblo de Buenos Aires, con su recia y creciente vitalidad, lleno de instintivos anhelos de esplendor e independencia, que se afirman en las posibilidades inmensas de su tierra fecunda. Vitalidad que se encuentra y despierta el día de la reconquista y sobre todo de la defensa y que se proclama ya abiertamente con energía por boca de Moreno en el "Manifiesto de los Hacendados". Pocos meses antes del 25 de mayo.

Gozo intenso de una investigación fecunda, por gracia del material incomparable acumulado en el Archivo de Indias. En él que pude hallar cuanto anhelaba con el amistoso y competente consejo del director del Archivo, D. Cristóbal Bermúdez Plata, cuya labor ha valorizado ese inmenso tesoro, al realizar su razonada y casi imposible ordenación y al ir destacando en documentados estudios datos inestimables como los de sus "Pasajeros a Indias". Abolengo y padrón de toda la América española.

Pudiendo, por último completar en forma definitiva la investigación al compulsarla con todos los anteriores estudios. Pues como complemento valioso y, pudiera decirse, como coronación de este Arca Santa de la Hispanidad que es el Archivo de Indias, brinda una biblioteca innumerable todo cuanto de interés se ha escrito y publicado sobre la América española.

V

Y así pude hallar la verdad completa sobre la carta de Liniers a Napoleón en 1807. Base permanente de las acusaciones contra el desgraciado virrey.

En el *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas de Buenos Aires*, tomo XIX, año 1935, pág. 66 y siguientes, Mario Belgrano publica un estudio titulado "Liniers y Napoleón".

Mario Belgrano indica cómo Mitre en su *Historia de Belgra-*

no y de la independencia argentina reproduce la carta dirigida por Liniers a Napoleón en julio de 1807 (2), redactada, según hemos ya indicado, en los siguientes términos: "Y no me aplaudo tanto de los servicios que en esta ocasión he podido hacer de mi soberano como me ensoberbece de pertenecer a la nación que Vos gobernáis con una sabiduría y sucesos que solamente pueden igualar a vuestra gloria inmortal."

Esta frase tan rotunda parece, en verdad, como dice Mario Belgrano, justificar las acusaciones del Cabildo en 29 de abril de 1809 cuando proclama: "Que (Liniers) no había tenido reparo en considerarse más honrado con ser de la nación francesa que con los servicios al Católico-Monarca."

Y Mario Belgrano añade: "Vicente F. López, al transcribir el final de la comunicación de Liniers, subraya los términos "no me aplaudo tanto de los servicios" y "como me ensoberbece el pertenecer a la nación" para criticar luego la actitud de Liniers por haberse dirigido al emperador Napoleón" (3).

"Nosotros mismos —prosigue Mario Belgrano—, al estudiar el asunto, experimentamos la consiguiente extrañeza, pero en presencia del texto claro y preciso no cabían dudas, y escribimos: "Que se dirá quizás que Liniers hubiese podido expresarse en términos más mesurados, más en relación con la situación oficial que ocupaba como oficial español. Habría tenido que moderar sus manifestaciones de entusiasmo y no declararse más orgulloso de pertenecer a la nación que gobernaba Napoleón que de haber prestado servicio a su soberano" (4).

Mario Belgrano, en el tan interesante artículo a que aludimos, recuerda luego cómo D. Alberto Risco, en un estudio publicado en 1909 y que Belgrano no conocía al publicar el suyo, reproduce la carta de Liniers según aparece en la *Historia* de Mitre y al referirse a ella alude a los cargos elevados por Elío a la Junta Central para probar el espíritu francés de Liniers y

(2) Bartolomé Mitre: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. Buenos Aires, 1887, tomo I, pág. 507.

(3) Vicente F. López: *Historia de la República Argentina*. Nueva edición. Buenos Aires, 1914, tomo II, pág. 177.

(4) Mario Belgrano: "Napoleon et l'Argentine. La mission de Sas-senay (1808)," en "Napoleon", *Revue des Etudes Napoleoniennes*, núm. 72, mayo-junio, París, 1925.

en los que como prueba enviaba Elío: "Copias de las ilustraciones que resultan de unos partes en francés tenidos públicamente por dados por D. Santiago Liniers."

El párrafo en cuestión de la carta de Liniers, según la traducción de Elío que cita Risco, decía: "No dudo, señor, y yo me aplaudiré más que de ningún modo de los servicios que haya podido hacer a la nación ilustre que Vos gobernáis con tanta sabiduría y sucesos cual sólo puede igualarlo vuestra gloria inmortal" (5).

"Como se puede observar —comenta Mario Belgrano— esta versión difiere de la que publica Mitre, y Liniers se concreta en ella a aplaudirse de los servicios prestados a la nación gobernada por Napoleón, sin referirse para nada al Rey de España."

Mario Belgrano, deseando profundizar en el estudio de las relaciones de Liniers con Sassenay, realizó investigaciones en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de París. Investigación sin resultado para los estudios que realizaba entonces, pero que, en cambio, le brindó, afortunadamente, en el legajo "Espagne, 1806 a 1827. Supplement n.º 20" copias de las dos cartas de Liniers a Napoleón, la de 1806 (reconquista) y la de 1807 (defensa de Buenos Aires).

"En cuanto a la segunda —escribe Mario Belgrano— existe similitud de texto (se refiere a las publicadas por Risco) lo propio que con la versión publicada por Mitre, con la cual se observa pequeñas variantes sin importancia, fuera de la que mencionaremos más lejos. Agregaremos que las copias de ambas cartas llevan en su encabezamiento "Le Gral. Liniers à l'Emp. Nap." sin ninguna indicación de firma.

"Al final del párrafo aludido —continúa Mario Belgrano— se lee la siguiente manifestación: "je n'en doute point, Sire, et je ne m'applaudis pas plus des services que j'ai pu rendre en cette occasion à mon auguste souverain que je ne m'enorgueillis d'appartenir à la nation illustre que vous gouvernes (*sic*) avec une sagesse et des succès que peut seule égaler votre gloire immortelle".

Mario Belgrano, ante esta diferencia tan importante en las

(5) Alberto Risco: "D. Santiago Liniers y D. Francisco de Elío", en *Estudios*. Buenos Aires, 1919, tomo XVII, julio-diciembre.

tres versiones, concluye de este modo su valioso estudio, que ha podido servirme, a mi vez, para descubrir la absoluta verdad sobre este punto tan controvertido de la actitud de Liniers: "Liniers aparece esta vez guardando una actitud más mesurada y conforme a su situación al declarar que no se aplaudía más de sus servicios al Rey de España de lo que se enorgullecía de ser francés. Comparando las tres versiones, se observan tres matices. En la primera, Liniers marca una preferencia evidente por su calidad de francés respecto de su condición de oficial al servicio del Rey de España. En la segunda sólo se preocupa de exteriorizar su satisfacción por haber sido útil a la causa de Napoleón. Por fin, en la tercera, observa un equilibrio en la expresión de los sentimientos, absteniéndose de manifestar una predilección por ninguno de ellos, al menos en la forma terminante que ha sido objeto de crítica."

"La ausencia de parte de Liniers, en el texto remitido por Elío, de toda referencia al monarca español en el recuerdo de sus servicios para sólo vincularlos a la nación francesa, no deja de llamar la atención, sobre todo si se tiene en cuenta la gran similitud de sus términos con las otras dos versiones. No sabemos si se trata de una supresión de un trozo de frase o de un descuido en la traducción, pero lo cierto es que de esa manera la manifestación de Liniers aparece concretándose únicamente a Napoleón. De haber coincidido el texto que Elío tuvo a la vista con el publicado por Mitre, es de presumir que no hubiera dejado de reproducirlo con toda fidelidad, por constituir una agravante en los cargos imputados al Virrey."

"Respecto a la versión del Archivo General de Indias, cabe muy bien la suposición de haber existido un error —voluntario o no— en la traducción, pues es de creer que Liniers se cuidaría de no facilitar a sus adversarios un arma semejante. Esto, sin descartar la posibilidad de que al manifestarse en la forma mesurada de la versión existente en París, Liniers haya expresado su sentimiento con toda sinceridad, sentimiento explicable, dada su situación respecto de ambas naciones. Por eso entendemos que ha de darse la preferencia al texto conservado en el Quay d'Orsay."

Mario Belgrano tiene razón completa. Liniers al dirigirse a

Napoleón lo hizo en los términos diplomáticamente equilibrados que aparecen en el documento del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, en París.

En efecto, extrañado, según vengo indicando, por la forma servil en que, según Mitre, Liniers se dirigió a Napoleón, tan contrario a lo que de su caballeresco espíritu podía suponer, estudiando con detenimiento la carta de Liniers a Napoleón según aparece publicada en la *Historia de Belgrano* pude apreciar que, aunque con pretensiones literarias, se trata de una traducción torpe.

Ya en el famoso párrafo repetidamente citado por los historiadores enemigos de Liniers la expresión "los servicios que en esta ocasión he podido hacer *de* mi soberano" riñe con la más elemental sintaxis.

En una de las frases que inicia la susodicha carta, según Mitre, "la retoma de Buenos Aires" es una torpe traducción literal de la palabra francesa *reprise* y, en realidad, toda la carta está salpicada de pruebas de ser una traducción que por querer respetar la expresión exacta deforma necesariamente en ocasiones el sentido verdadero, ya que el francés, tan flexible y flúido, a pesar de su íntimo parentesco con el español tiene giros propios, absolutamente intraducibles de un modo literal.

Y recordando el conocido *traduttore, traditore*, busqué sencillamente en el Archivo de Indias el manuscrito a que se refiere Mitre y que en español publica en su *Historia de Belgrano* no queriendo, a pesar de la gran autoridad del historiador argentino, dar por bueno, *a priori*, que el documento existente en el Archivo de Indias correspondiese con exactitud al publicado por Mitre, ya que lógicamente Liniers no enviaría al Gobierno de España su famosa carta de julio de 1807 traducida al castellano, sino en copia textual del original en francés, por ser esta lengua sobrado conocida y ser el documento demasiado importante para exponerlo a los posibles errores de una traducción. Y así, no por culpa de Mitre, sino del traductor, podía haberse introducido una interpretación errónea.

En efecto, en el Archivo de Indias hallé el manuscrito a que se refiere Mitre *redactado en francés*. Y esta redacción debe co-

responder exactamente a la copia que se encuentra en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores en París, y que Mario Belgrano cita; pues, compulsado detenidamente con la carta en español que Mitre publica, existe, como dice Mario Belgrano en relación al documento de París, similitud de textos, salvo pequeñas variantes sin importancia, y el famoso párrafo acusatorio está en el manuscrito del Archivo de Indias redactado exactamente como en el manuscrito del Archivo de París:

“Je n'endoute point, Sire, et je ne m'applaudis pas plus des services que j'ai pu rendre en cette occasion à mon auguste souverain que le ne m'enorgueillis d'appartenir à la nation illustre que vous gouvernes (*sic*) avec une sagesse et des succès que peut seule égaler votre gloire immortelle.”

¿Fué error en la traducción que proporcionaron a Mitre? ¿Fué esta traducción, anterior al documentado trabajo de Mitre y éste a su vez la reprodujo de algún estudio anterior? ¿Existe, tal vez, una copia en español en el Archivo de Indias que a pesar de mis investigaciones no haya podido lograr?

En realidad la signatura que Mitre cita corresponde a la nueva signatura de la nueva ordenación del Archivo de Indias, en cuyo legajo hallé el manuscrito detenidamente leído.

Concluamos: en realidad, no existen dos documentos, el del Archivo de Indias y el del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, sino un solo documento cuyas copias de París y de Sevilla son idénticas, dándole por ello una veracidad histórica indiscutible y definitiva. Y como Mario Belgrano con gran acierto había dictaminado, Santiago Liniers al dirigirse a Napoleón no lo hizo en la forma tan servil hacia Francia y su Emperador y tan despectiva para España y su Soberano como la traducción publicada por Mitre y reiterada por otros historiadores dejaba suponer; sino en la forma elegante, equilibrada y flexible, auténticamente diplomática del texto comprobado por Mario Belgrano en París y por mí en Sevilla.

Así al buscar título para mi estudio sobre Liniers y su época he podido escribir con firmeza hallándolo expresivo de su gallarda figura:

“Liniers, Caballero de Malta, Virrey.”

En Liniers el caballero es permanente, el Virrey interino, accidental.

Caballero "muy siglo XVIII", con elegancia que frisa la frivolidad, con generosidad que frisa el despilfarro, pero siempre con valor sostenido que, sin frases, alcanza el heroísmo.

ANTONIO DE URBINA.
Marqués de Rozalejo.



CRONICAS

